

AMELIA NOGUERA

La hija de Goya



«Mucho más que una novela histórica. Este personaje fascinante ilumina nuestra propia vida y los rasgos esenciales de nuestra sociedad. Esto fuimos y de aquí venimos»

ROSA MONTERO



ESPAÑA. LOS PRIMEROS TRAZOS

Abrir los ojos

DURANTE TODA SU VIDA, la madre de Rosario le contó que había nacido bajo el signo de Libra, con un cielo negrísimo solo iluminado en la insignificante trayectoria de siete estrellas fugaces. Sucedió a las siete y siete de la madrugada y como habían dado a luz hasta entonces todas las mujeres de su familia: sobre una mantilla de crespón bordado con hilo de plata, regalo de boda de su abuela Sebastiana. Además, le provocó tantos dolores en el inacabable parto que, al expulsarla por fin inmersa en ese líquido pegajoso, a punto estuvo Leocadia de envolverla en la mantilla y tirársela a la comadrona a la cabeza, al tiempo que le salían sapos y culebras por la boca.

Ella era así, una mujer de carácter endemoniado, y el dolor que había sentido al parirla había sido el más insoportable de sus tres alumbramientos. Su marido Isidoro, que llegó justo entonces de la partida de cartas de la tarde, desplumado y bebido

como casi siempre, echó un vistazo desde la puerta a la madre y a la niña, se sentó enseguida en la butaca del salón y se durmió al instante. La mujer aún tuvo que soportar sus manos y su olor otros tres años hasta que la repudió y ella se decidió a llevarse a sus hijos. A los dos que él no quiso quedarse.

Por suerte para Rosario, su madre no solo era brava, sino que también tenía corazón. Al parirla, en lugar de abandonarla a su suerte como en un primer impulso habría deseado, la arropó mejor con una manta limpia y la acurrucó entre sus brazos; aún dolorida y con la partera retirándole los restos de sangre y placenta del cuerpo sudoroso, la miró a los ojos, que, extrañamente, se le abrieron en ese instante, y enseguida se dio cuenta de algo: esa niña miraba de un modo raro, distinto a lo que recordaba en sus hermanos.

Los ojos de Rosario observaban a su alrededor como si estuvieran ordenando el mundo.

O como si fueran a pintarlo.

El payaso

ROSARIO WEISS NUNCA OLVIDARÁ el día en que se convirtió en pintora. Ella, su madre y su hermano ya llevan un tiempo viviendo con Goya, cerca, muy cerca del río Manzanares. Acaba de cumplir los cinco años y se ha convertido en una niña menuda y de fácil trato, cariñosa y con muchas ganas de jugar. Tiene todavía una pelusa de cabello ondulado; ojos, grandes y grises como las tormentas, que siguen mirando raro; labios pequeños como alas de golondrina; y la risa contagiosa de los críos que no saben de la vida o del futuro, y carecen de pasado. Salvo en el color del pelo y de la piel, se parece mucho a su madre con su edad. No como su hermano Guillermo, que de Leocadia solo ha heredado su impulsividad y su pelo revuelto, imposible de domesticar.

De otros instantes de entonces, Rosarito solo tendrá recuerdos neblinosos, como si todo lo que sucedió se lo hubieran contado

y, además, lo hubiese visto representado en un lienzo. Y es que, a menudo, también así pasó. No sabe en qué momento se habían mudado de su piso terrible y minúsculo de la parte innoble del Viejo Madrid a las afueras, a esa casona de dos plantas, encalada y con largos ventanales enrejados en mitad de una gran finca, con árboles y un huerto gigantesco. Durante muchos años, retendrá en su memoria los dos olmos de la entrada porque debajo de uno se encontró al primero de sus gatos, bautizado Negro, el color que reúne en pigmento a todos los del espectro.

Pero el destino se cumple siempre. Rosarito está enfurruñada. Frunce el ceño y cruza los brazos. Las dos últimas semanas ha jugado con tres gatitos que nacieron bajo la adelfa grande, la de color crema. Al principio, eran ratas calvas con los ojos cerrados. Luego, los abrieron, les salió pelo suave como una nana y maullaban para que los acariciase. Uno blanco, el otro salpicado de pintitas negras; el tercero, de un gris sucio como las nubes de lluvia. Han desaparecido por arte de magia. Su madre bajó la cabeza cuando le preguntó por ellos. La gata se los habrá llevado a otro sitio mejor, le dijo Goya con la boca pequeña. Es verdad que tampoco la ha vuelto a ver merodeando por la cocina. Lo habría sabido; el miércoles pasado, se comió un plato de arenques enterito que Leocadia tenía preparado para la cena. Los gritos se oyeron en el Palacio Real. La gata se encaramó en lo alto de la higuera y no bajó hasta que no quedó a la vista ni un alma.

Ahora Rosarito se niega a seguir con la caligrafía. Tantos garabatos para qué... Se aburre cada vez que se tiene que poner a escribir las letras en ese cuaderno de hojas amarillentas. Lo obligan a copiarlas una vez y otra y otra más... «¡Ay! ¡Ay!... ¡que me canso!», se queja a los pocos minutos y suelta la pluma y agita la mano. Su madre le grita. Así no va a llegar a ninguna parte. La cría, desafiante,

la mira y se recoloca la trenza hacia el otro lado con sus deditos delicados como flores de camelia.

—Ven aquí, anda, Mariquita, siéntate a mi lado... Mira lo que estoy dibujando.

¡Qué orgullosa se siente la niña cuando el maestro la llama así! Para él, su hermano es Guillermo a secas. Y su madre es Leo o, si se prepara pelea, Leocadia o también «bruja». Solo con ella se ha inventado otro nombre. Y solo a él le responde Mariquita. Para todos los demás, es Rosario o, como mucho, Rosarito. Aunque no entiende por qué es Rosario Weiss Zorrilla y no Rosario Goya Zorrilla, si el secreto que le contó su hermano es verdad, lo que importa es lo que importa, dice Guillermo. Y él tiene dos años más. Es mayor.

Goya se ha sentado ante la mesa grande del patio en una de las sillas de anea. Hace calor para estar a punto de empezar la primavera, pero aún no ha llegado ni el mediodía, el sol no aplana. Pían furiosos los gorriones en la fuente del muro norte. A lo lejos, despuntan la cúpula gris de San Francisco el Grande y, a su izquierda, el palacio del infame Fernando, deseado o felón.



A sus pies se arrodillan hasta los árboles de los jardines reales. Pero la Quinta del Sordo y su huerto y sus olmos le gustaron sobre todo porque el bullicio no les llega a ellos ni ellos a él tampoco. Bien valen los setenta mil reales que pagó por todo. Allí viven y dejan vivir.



Mientras Rosarito se piensa si acercarse a Goya o no, lo observa con curiosidad. Está trazando la figura de un payaso. Cuando baja la vista para fijarla en el papel, el mundo se convierte para el pintor en un planeta de silencio. La sordera que la enfermedad le provocó hace veintisiete años y tres meses lo sumió en la soledad. El agujero se hizo más profundo incluso cuando murió su pobre Josefa, quién lo iba a decir, mucho antes que él. Y tardó en escapar de allí.

El amor de Leocadia y de los críos lo salvó. También los trazos, los colores, las sombras y las luces lo siguen sacando del hoyo agarrado por los dientes. Aunque, ahora lo sabe, su arte es al tiempo

su vida y su muerte. Al final, la niña se sienta junto a él. Le toca el brazo antes de hablarle:

—Bueno, Francho, ¿qué es eso? —pregunta.

Lo observa mientras termina de dibujar los botones del payaso. Goya sonríe: leer en esos labios tan finos y menudos no es fácil. Los adultos gesticulan, abren mucho la boca y mueven la cabeza. Los niños vuelan hablando. A Guillermo apenas lo entiende, no pone tanto interés como su hermana, pero su Mariquita se esfuerza en hablar despacio para que él no se pierda ni una palabra de lo que le dice. Además, los adultos que le importan usan las manos para hablarle con el lenguaje de signos. Leocadia lo cogió en dos días, pero los críos no pueden entenderlo mientras no dominen la lectura. Por eso él terminó aprendiendo a leer los labios: para hablar con su Mariquita.

Cuando finaliza, el pintor escribe a los pies del payaso: «¡Ay!, ¡Ay!, que me canso».



Deja entonces la cuartilla sobre la mesa y le acerca el lápiz a Rosarito. Al mirarlo, ella se muerde el labio de abajo. Él la observa sonriendo. Hace tiempo que dejó de sonreír así a nadie más.

—¿Quieres aprender a hacerlo como yo?

Rosarito lo mira. Toma el lápiz, pero el primer trazo sale torcido. Lo suelta y baja la cabeza.

—No te rindas, Mariquita... Solo lo que no merece la pena se consigue sin trabajo. Y pintar es lo más hermoso que hay en esta vida. Merece todas las penas que anidan en todos los corazones del mundo... Mira..., así...

El maestro traza con precisión la línea entre la barbilla y la oreja. Ella entonces hace lo mismo en los pliegues de las perneras, en el gorro, en la manga amplia de la camisola.

—Pero si esto es muy fácil, Francho! Verás...

Se aplica sin tardar en repasar el dibujo, haciendo más hincapié en los huecos que él le ha dejado para que complete las líneas.

—Vas a tener que dibujarme otro! De veras que este es muy fácil...

—¡Perfecto! Ahora, intenta copiarlo tú enterito.

—Eso ya no es tan fácil... ¡Es muy difícil!

—No hay nada difícil en el arte que no se logre con trabajo, pasión y valor. ¿Seguro que no quieras intentarlo?

Ella frunce el ceño, pero tarda poco en agarrar con energía el lápiz y la cuartilla que él le ofrece. Al intentar imitar el dibujo del pintor, se aprieta aún más el labio inferior con los dientes sin darse cuenta. Casi hasta hacerse daño. Durante un buen rato, se esfuerza por poner en su lugar cada línea en su papel.

Goya la mira orgulloso. Le acaricia la cabeza.

—Muy bien, Mariquita! ¡Así me gusta! —grita demasiado alto él cuando la cría levanta la cuartilla y se la muestra como un

trofeo—. ¡Es una maravilla! Le haré unos agujeros, será tu diario de dibujo, como los que yo tengo. Es la primera vez ¡y te ha salido así de bien! ¡Ya eres pintora! ¡Enhorabuena! Mañana seguiremos. Ahora debes cumplir tu promesa.

—¿Puedo hacer otro dibujo antes? Luego sigo con los garabatos...

El pintor asiente, casi tiene él más ganas que ella. Toma otra hoja y dibuja con rapidez un león. Ella se afana por copiar con precisión las líneas donde se debe. Mide con la vista, traza, vuelve a medir. Goya no le permite borrar, las gomas son caras e inútiles, así que ella tiene que pensar bien antes de manchar el papel. El dibujo es pura matemática, medida y alma combinados en busca de la armonía, incluso en la más horripilante de las creaciones. Aunque ella solo es capaz de intuirlo todavía, tiene corazón y venas de artista.

—Ya está! —dice, orgullosísima, cuando cree que su dibujo se parece al que copia.

Goya se levanta y la abraza con fuerza.

—Ay, ay! Que me espachurras —grita ella, pero él no la oye, apenas percibe vibraciones. Culebrillas moviéndose dentro de sus oídos. Le ponen nervioso todavía.

Se retira sólo porque siente el cuerpecito menudo entre sus brazos como si fuera a quebrarse.

—Si es que se te ilumina la cara, Francho... De verdad... Hasta el humor te cambia, no pareces tú —dice Leocadia al verlos.

Goya se aparta, azorado. Sabe que su Leo tiene razón: se le ilumina incluso el alma al estar con Mariquita. Acaba de acercarse por allí de nuevo tras la riña con su hija que llevó a Goya a mediar entre las dos. No era capaz de leerles los labios a ambas al mismo tiempo, claro, pero sabía que su Leo estaba enfadada... Para no

notar eso debes ser, además de sordo, ciego. Y después te conviene también enmudecer.

Qué guapa y qué joven es, la condenada, demasiado guapa para él, un viejo que pinta. Una arrogante vasca de abundante pelo castaño, rotundas formas y vivos ojos bajo las cejas que parecen pintadas, y cuarenta años menos que Goya.

—Esta cría está escuálida —dice él, por decir algo—. A lo mejor habría que llevarla al doctor y que le den algún mejunje para que le alimente más la comida.

—Anda que lo dices tú... —responde ella—. ¿Te has tomado el huevo batido con cerveza que te he traído antes? Mira que sigues muy débil. Tienes que comer para recuperarte del todo, que casi te me vas para el otro mundo...

—¡Deja ya de perseguirme, mujer! Sabré yo lo que debo comer... Mariquita..., Mariquita es la que tiene que alimentarse, que parece un pajarillo con las alas empapadas de lluvia.

—Un sopapo es lo que le voy a dar como siga negándose a comerse el conejo porque dice que tiene ojos, que se parece a la gata y a sus gatitos. ¡Malditos gatos y maldita la tontería!

—Eso se llama tener sentimientos, Leo, sentimientos... Pocos los tienen, pero ella sí.

—Anda, Francho, te lo ruego, poneos con las letras un rato... Conmigo no hay manera ni de que haga las vocales. Y tiene que aprender, es una señorita, aunque no lo parezca. Debe instruirse para ser alguien importante.

—¡Es verdad! Cuando aprendas, ¡podrás firmar tus maravillosos dibujos! Como hago yo...

Rosarito lo mira seria. Goya retira a un lado las cuartillas y le pone delante el cuaderno de caligrafía. Se lo abre por la primera página sin hacer.

—Vamos, me lo has prometido, Mariquita. Y la palabra de uno hay que cumplirla. Siempre.

Pasan así los dos muchos días; ella, poco a poco, aprenderá el fundamento de la pintura: el dibujo. Payasos, niños que juegan, un fraile muerto, animales que el maestro se inventa para ella. Los copia emocionada, cada vez más resuelta. Los trazos van mejorando;



ella, tomando fuerza y seguridad. A veces, Rosarito completa los huecos que Goya deja adrede; otras, traza por encima. Así lo hacen con retratos que él improvisa, con caricaturas o figuras que varían según su humor. También le sale alguna calavera, huesos o espartajos que Rosarito no sabe ni lo que son. Cuando ella está delante, el ánimo del anciano siempre mejora, le duele menos la cabeza, apenas grita ni se enfada; sus viejos fantasmas se alejan.

Se sucederán así los años y el cuaderno de Rosario Weiss engrosará con dibujos por las dos caras en cuartillas agujereadas que Francisco de Goya unirá con recios cordones de algodón.

El Santo Oficio

HACE YA CASI DOS DÉCADAS, el corso Napoleón, tras dejar embarazada a Josefina y desperdigados reinando por ahí a varios de sus hermanos, en Nápoles, en Países Bajos, en la lejana Westfalia y hasta en el Gran Ducado de Varsovia, había puesto sus ojos en la díscola Gran Bretaña. España le servía de maravilla para llegar hasta Portugal y desde allí bloquear las rutas comerciales británicas. Los enfrentados padre e hijo, Carlos y Fernando, le vendieron con sumo agrado su reino y su corona a cambio de dinero y de comodidad en Bayona.

Napoleón entró entonces por la frontera de Poitiers al mando de un ejército de cincuenta mil hombres y, en lugar de marcharse después de ocupar a los vecinos lusitanos, saqueó también varias ciudades españolas. Al llegar mayo, el pueblo se rebeló contra los invasores franceses, ¡viva Móstoles!, y, al tiempo, luchó a favor de la libertad, la igualdad, la fraternidad que ansiaban y que, rara vez, los otros decían defender. De primeras, la guerra la ganó el emperador